

DE LA ESPAÑA MULTICULTURAL A LA AMÉRICA SINCRÉTICA: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS CON EL *OTRO*

FROM MULTICULTURAL SPAIN TO SYNCHETIC AMERICA: MEETINGS AND DISCOUNTERS WITH THE *OTHER*

Nava Marín, José Manuel*

Universidad Nacional Experimental “Francisco de Miranda”
Universidad Pedagógica Experimental Libertador “Luis Beltrán Prieto Figueroa”. Instituto
Pedagógico de Barquisimeto
Venezuela

Resumen

La gesta sobre la noción de otredad llegó a desarrollarse con fuerza a partir del encuentro traumático de 1492, sin embargo el territorio peninsular español fue el epicentro de grandes muestras identitarias con la profusión en tierras europeas de diversas naturalezas humanas: los ibéricos, los celtas, los fenicios, los griegos y los romanos. Este trabajo tiene como objetivo analizar los encuentros y desencuentros con el *Otro* en la relación entre España y América, a partir del texto de Carlos Fuentes *El espejo enterrado* (1998) y de algunas aseveraciones de Briceño Guerrero, Paz, Campra, Mariátegui, entre otros. Así, la unión española y americana, la reunión con la otredad, vista desde sus inicios como una pugna, ha dado tanto al europeo como al hombre nativo un conjunto de elementos claves que ha prolongado hasta nuestros días la incesante búsqueda por la identidad, la cultura, la filosofía latinoamericana y la proyección de un hombre que es reconocido en el mundo por su inigualable contradicción.

Palabras clave: Cultura, sincretismo, otro, identidad, América.

Abstract

The feat on the notion of otherness came to develop strongly from the traumatic meeting of 1492, but the Spanish peninsula was the epicenter of great signs of identity with the profusion in European lands of various human natures: the Iberians, Celts, Phoenicians, Greeks and Romans. This work aims to analyse the encounters and disagreements with the *Other* in the relationship between Spain and America, based on the text by Carlos Fuentes *El espejo enterrado* (1998) and some statements by Briceño Guerrero, Paz, Campra, Mariátegui, among others. Thus, the Spanish and American union, the meeting with the otherness, seen from its beginnings as a struggle, has given both the European and the native man a set of key elements that has prolonged until today the incessant search for identity, culture, Latin American philosophy and the projection of a man who is recognized in the world for his unequalled contradiction.

Keywords: Culture, syncretism, other, identity, America.

*Profesor agregado de la Universidad Nacional Experimental “Francisco de Miranda”. Licenciado en Educación, mención Lengua, Literatura y Latín (UNEFM, 2008). Magíster en Literatura Latinoamericana (UPEL- IPB, 2015). Cursante del Doctorado en Cultura Latinoamericana y Caribeña (UPEL- IPB). Creador de la electiva Literatura y Cine: encuentros y desencuentros en la UNEFM. Correo: manueljnm@hotmail.com

Finalizado: Barquisimeto, Agosto-2019 / **Revisado:** Agosto-2019 / **Aceptado:** Octubre-2019

Vista por algunos como una virgen inmaculada, por otros como una sucia ramera, nos ha tomado tiempo darnos cuenta de que nuestra relación con España es tan conflictiva como nuestra relación con nosotros mismos. Y tan conflictiva como la relación de España con ella misma: irresuelta, a veces enmascarada, a veces resueltamente intolerante, maniquea, dividida entre el bien y el mal absolutos. Un mundo de sol y sombra, como en la plaza de toros. A menudo, España se ha visto a sí misma de la misma manera que nosotros la hemos visto. La medida de nuestro odio es idéntica a la medida de nuestro amor. (p. 22)

Carlos Fuentes

A pesar de la puesta en marcha del encuentro con el *otro* en el año 1492 es innegable la noción tricultural con la que se vio representada España antes que el viejo mundo se encontrara con el nuestro. Por ello, aunque es difícil de percibir o analizar, desde la óptica de los dominados a España, ente inquisidor de la colonización americana, la llamada madre patria ocupó en otro momento y bajo diferentes circunstancias ese lugar, pues fue en algún período de su compleja historia “conquistada”. Sobre este aspecto, Fuentes (1998) en su libro *El Espejo enterrado* menciona que “La respuesta española al desafío del otro- el Aragua en el Caribe, el azteca en México, el quechua en Perú- fue determinada por la experiencia de muchos siglos, cuando España fue el país conquistado”. (p. 46). Sin embargo, esta colonización no se asemeja al proceso de conquista y exterminio que el imperio español llevó a cabo en tierras americanas¹.

De este modo, el auge cultural, la mezcla de saberes, de costumbres, de formas de vida a partir del desafío de la lengua y la religión, se desarrolló en territorio ibérico mucho antes

¹ Sobre esta singularidad, Fuentes (1998) señala que “si en las Américas, España, de manera deliberada, aplastó a civilizaciones preexistentes, cortándolas en flor, destruyendo lo bueno junto con lo malo, y sustituyendo violentamente una forma de cultura por otra, la experiencia hispánica con los romanos fue exactamente la opuesta. Italia creó en España un gobierno e instituciones públicas orgánicas y duraderas. Trajo ideas de unidad y de amplia corresponsabilidad humana donde éstas no existían o eran sumamente débiles. Y lo hizo mediante el instrumento de la vida urbana. (pp. 47-48).

de la llegada de Colón a América. Y es que desde la llegada misma de los ibéricos, a los que la península debe su nombre, la unión de estos con los celtas y la concurrencia de fenicios, griegos y cartagineses, el panorama geográfico y cultural de España se tornó multicultural desde su génesis: mosaico atroz de formas nacientes y moribundas en medio de luchas, batallas y pugnas históricas.

Sin embargo, a pesar de esa heterogeneidad innegable, como lo dice Fuentes (1998) España termina abrazándonos pues es, de alguna forma el lugar común en el que todo confluye a pesar de los contrastes, “España, la madre patria, es una proposición doblemente genitiva, madre y padre fundidos...” (p. 21). Así, si se busca describir a los hijos de España, ¿qué se puede encontrar en medio de tanta disputa? Briceño Guerrero (2007) reflexiona y se interroga en *Discurso salvaje*:

Todo está claro ahora; nosotros, ellos. Y ¿quiénes son ellos, cómo son, dónde viven, por qué signos los reconoceremos? Pero esta última pregunta múltiple vuelve a oscurecer el asunto: toda descripción que damos de ellos, en alguna medida nos describe a nosotros; no viven sólo debajo o detrás, sino también dentro de nosotros; los signos que nos sirven para reconocerlos los tenemos marcados sobre la frente y sobre el pecho. (pp.265-266)

Así, la fisonomía tricultural de la madre, desde el estudio de la evolución histórica del Español, es su correspondencia identitaria judía, musulmana y cristiana: “La identidad de España es múltiple. El rostro de España ha sido esculpido por muchas manos: ibéricos y celtas, griegos y fenicios, cartagineses, romanos y godos, árabes y judíos” (Fuentes, 1998, p. 25). Esta concepción de madre, de patria, de institución que ve, dirige y encamina a sus hijos es la que va a facilitar el “encuentro” de ese español enmarañado con el habitante excéntrico de las nuevas tierras del paraíso perdido. Un choque con el *Otro* que no solo daría grandes extensiones de tierra al imperio español, sino que encontraría en el sujeto “americano” cualidades y afinidades

que influenciarían inevitablemente en la cultura y vida española:

¿No nos dice esta confrontación que la historia de España, y enseguida la de sus colonias americanas, es en realidad la historia, y el dilema de ser dos naciones, dos culturas, dos realidades, dos sueños, tratando desesperadamente de verse, de encontrarse, de entenderse? (Fuentes, 1998, pp. 274-275)

La noción de otredad permitió levantar, a partir de una cultura considerada rústica y profana para los españoles, la visión de un nuevo hombre: el mestizo, en el que para Mariátegui (2007) no se extiende la tradición del hombre blanco ni del indígena, sino más bien ambas se purifican y diferencian, pues dentro de un contexto urbano, industrial, dinámico, el mestizo rescata velozmente las distancias que lo apartan del blanco, hasta asimilarse la cultura occidental, con sus costumbres, impulsos y secuelas.

Por lo tanto, España no castra a través de la religión y la conquista la vida aborígen americana sin antes identificarse de alguna manera con ella, verse y reconocerse en el *Otro* a pesar del claro interés de aniquilar lo diferente. Díaz Polanco (2016) en su libro *El jardín de las identidades: la comunidad y el poder*, apunta que el reconocimiento que rinde “tributo a un enemigo, sorteando las barreras de la propia identidad, revela un territorio hasta ese momento desconocido de valores comunes que, de algún modo oscuro y profundo, se comparten”. (p. 13)

De este modo, las muestras que el tiempo ha dejado ha permitido ver cómo a pesar de la supremacía de una grupo sobre otro, la huella dejada por los hombres y mujeres aborígenes americanos es incuestionable, pues a través de siglos de exterminio, injusticias y muertes, una respuesta solo ha tenido cabida: en medio de tanta destrucción y dolor ha logrado nacer un nuevo hombre, el descendiente de los aborígenes americanos y los blancos europeos. Por eso, Fuentes (1998) señala que precisamente “La singularidad cultural de España consistió en reconocer al otro:

combatiéndolo, abrazándolo, mezclándose con él”. (p. 128). Asimismo, sobre la América híbrida, Briceño Guerrero (2007) en *Discurso Salvaje* expresa:

Acéptese mestiza y sepa que ese gran rostro naciente, ese gran rostro ligado por afinidad a todos los rostros humanos que en el mundo han sido, ese su gran rostro presentido más que visto en la inquieta superficie afectiva del continente, ese gran rostro mestizo es el rostro de la humanidad futura integrada, reconciliada consigo misma en América. (p. 314)

España y América en la literatura de Miguel de Cervantes

La obra cumbre de Cervantes, como lo indica Fuentes, aparece para problematizar y descifrar la decadencia española cerrando, desde lo literario, el periodo épico que da paso a la modernidad. Don Quijote y Sancho Panza simbolizan la dualidad más representativa del encuentro con el *Otro* que no solo incluiría a la sociedad española sino también a los americanos, los descendientes de estos en el mundo descubierto.

Ese lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiere acordarse el narrador de la novela cervantina, se convertirá para la literatura y para la vida misma, en el resultado de la búsqueda incesante de lo que es y de lo que se desea ser simplemente porque el tiempo de la épica grande ha llegado a su fin tal cual fiesta carnavalesca. El escritor mexicano nos dice en *El espejo enterrado* que:

(...) las dos figuras de la novela de Cervantes Don Quijote y Sancho Panza, retienen una tal validez en su contraste y una atracción tan universal en su figuración. En ellos, el dilema de España es reconocible por todos los hombres y en todos los tiempos; todos luchamos con el ideal y con lo real. Todos luchamos entre lo que es deseable y lo que es posible. Todos nos enfrentamos a exigencias abstractas y tratamos de reducirlas a tamaño irónico mediante el absurdo (...) Todos somos, a veces, personajes épicos como Don Quijote, pero la mayor parte del tiempo vivimos vidas picarescas como Sancho Panza.

Todos quisiéramos significar más de lo que somos. (Fuentes, 1998, p. 275)

La intensa dualidad carnavalesca que proyectan los personajes quijotescos, no es más que la muestra de la naturaleza del hombre en cualquiera de sus latitudes geográficas. Sin embargo, la conexión establecida entre España y sus colonias en América, permite constatar que el encuentro con el *Otro* no solo se ha vislumbrado en tierras ibéricas sino que va más allá de las aguas del atlántico. América se convertiría en el centro del mundo donde la mezcla de razas y sangres, producto de la conquista, daría paso a la profusión de una cultura mestiza en la que al unísono se abraza y se repele al *Otro*, pues la imagen utópica del Nuevo Mundo se había disipado para dar paso a las disputas y a la desolación. Por ello, para Fuentes (1998):

Todos somos hombres y mujeres de La Mancha. Y cuando comprendemos que ninguno de nosotros es puro, que todos somos reales e ideales, heroicos y absurdos, hechos por partes iguales de deseo y de imaginación, tanto como de carne y hueso, y que cada uno de nosotros es en parte cristiano, en parte judío, con algo de moro, mucho de caucásico, de negro, de indio, sin tener que sacrificar ninguno de nuestros componentes, sólo entonces entendemos en verdad tanto la grandeza como la servidumbre de España, su Imperio, su Edad de Oro y su inevitable decadencia. (pp. 275-276)

El *Otro*, la identidad latinoamericana y la cultura de la orfandad

La figura virginal que ha presidido la vida de España y de la América española durante tanto tiempo y con tanto poder, no es ajena a estas antiquísimas figuras maternas de Europa y del Nuevo Mundo. Pero en España, durante las grandes celebraciones de la Semana Santa, y en Hispanoamérica a través de una liga resurrecta con las religiones paganas, esta figura de veneración se convierte también en una madre inquietante, ambigua, directamente emparentada con las diosas del alba, su descendiente. (p. 35)

Carlos Fuentes

El mestizaje, –dentro de las condiciones económico-sociales subsistentes entre nosotros–, no sólo produce un nuevo tipo humano y étnico sino un nuevo tipo social. (p. 246)

José Carlos Mariátegui

El abrazo que España da al otro, el hombre del continente americano, se traduce interesadamente en lo que han denominado civilización multirracial ¿De qué forma ocurre? ¿Cuáles son sus implicaciones? La primera imagen sobre esta particularidad se proyecta en pleno desarrollo y término de la conquista de México, cuando Hernán Cortés suscita la brecha genitiva entre los europeos y la sangre de los indígenas de la tierra azteca a través de su nexa con la Malinche²:

La intérprete, pero también la amante, la mujer de Cortés, la Malinche estableció el hecho central de nuestra civilización multirracial, mezclando el sexo con el lenguaje. Ella fue la madre del hijo del conquistador, simbólicamente el primer mestizo. Madre del primer mexicano, del primer niño de sangre española. Y la Malinche parió hablando esta nueva lengua que aprendió de Cortés, la lengua española, lengua de la rebelión y la esperanza, de la vida y la muerte, que habría de convertirse en la liga más fuerte entre los descendientes de indios, europeos y negros en el hemisferio americano. (Fuentes, 1998, p. 161)

La fusión de sangres llevó irremediamente a la mezcla de culturas que se desarrolló a pesar de la supremacía de un grupo sobre el otro. La heterogeneidad marcada desde el encuentro entre seres casi antagónicos, permitió de algún modo la profusión de lo que sería la representación del americano ante el mundo: su interminable y misteriosa contradicción; ¿Es esta la marca principal del ser del continente? Briceño Guerrero (2007) llega a declarar en *Discurso Salvaje* “Que acepte América la pluralidad y la heterogeneidad, los antagonismos y la contradicción de sus componentes culturales” (p. 314).

Es imposible no pensar que siempre nos ha definido una compleja y difícil negación/

2 Milagros Palma (1990) en su trabajo *Malinche, el Malinchismo o el lado femenino de la sociedad mestiza* señala que “Malinche es la heroína de la conquista española en América que encarna el mestizaje y como tal ha sido mitificada de muy diversas maneras (...) es el personaje idóneo de la mitología mestiza para explicar la derrota del mundo aborigen en México”. (p. 132)

afirmación: ambigüedades, heterogeneidades y dicotomías que encontraron cause en la religión y en el arte. Esto se relaciona con lo señalado por Campra (1987), en su texto *América Latina: la identidad y la máscara*, cuando señala que el territorio americano:

(...) es un mundo creado por la conquista. Escandalosa paradoja: el hecho de arrasar con lo existente produce existencia. Existencia pero no de sujeto. América es el mundo nuevo inaugurado por la mirada europea; la idea misma de “descubrimiento” propone la legitimación de esa mirada ajena como la única posible. De aquí el complejo de visibilidad que aqueja a América desde su nacimiento. Porque el nacimiento fue, a la vez, cancelación. (p. 14)

Todo esto lleva irremediamente a hablar de la cultura del huérfano³, aquella que se cimentó sobre la búsqueda de una madre para los desamparados del continente americano, figura femenina que los abrigase de esperanza en medio de la desdicha y la desolación “De un golpe maestro, las autoridades españolas transformaron al pueblo indígena de hijos de la mujer violada en hijos de la purísima virgen” (Fuentes, 1998, p. 207). De esta manera, la edificación de la esperanza en el pueblo aborígen se da de la mano de la representación de la madre⁴, aquella que en las historias traídas por los españoles sufrió los más fuertes desafíos a través de la crucifixión de su hijo.

3 En este caso, Fuentes (1998) explica en *El espejo enterrado* que “La legitimación del bastardo, la identificación del huérfano, se convirtió en uno de los problemas centrales, aunque a menudos tácitos, de la cultura latinoamericana”. (p. 206)

4 Es preciso citar a Octavio Paz (1992), quien en *El laberinto de la soledad* señala que “La Virgen es el consuelo de los pobres, el escudo de los débiles, el amparo de los oprimidos. En suma, es la Madre de los huérfanos. Todos los hombres nacimos desheredados y nuestra condición verdadera es la orfandad, pero esto es particularmente cierto para los indios y los pobres de México. El culto a la Virgen no sólo refleja la condición general de los hombres sino una situación histórica concreta, tanto en lo espiritual como en lo material. Y hay más: Madre universal, la Virgen es también la intermediaria, la mensajera entre el hombre desheredado y el poder desconocido, sin rostro: el Extraño. (p. 35)

La imagen mariana va a ser transcendental para el pueblo latinoamericano a partir de la aparición de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac (lugar perteneciente anteriormente a una diosa azteca), pues marca el camino para la confabulación de una de las manifestaciones que fusionaría lo artístico con lo religioso y que sería centro del complejo encuentro con el *otro*: el sincretismo. Fuentes (1998) indica que “El resultado fue un sincretismo flagrante, la mezcla religiosa de la fe cristiana y la fe indígena, una de las fundaciones culturales del mundo hispanoamericano” (p. 208)

Pero no solo la efigie de la madre se convirtió en la dadora de consuelo del desafortunado, la imagen del hijo crucificado que salvó a la humanidad de sus pecados va a trastocar a los aborígenes mediante la evangelización y el bautismo. Se pregunta Fuentes (1998) en *El espejo enterrado* ¿Cristo o Quetzacóalt?, “La redención de la humanidad por Cristo es lo que fascinó y realmente derrotó a los indios de Nuevo Mundo. El verdadero regreso de los dioses fue la llegada de Cristo” (p. 207)

De esta manera, la incorporación inevitable de la vida y creencias religiosas españolas en los hombres de América tuvo como resultado un sincretismo⁵ que superó las barreras y se instaló también en el alma de los colonizadores, pues como lo dice Fuentes (1997) “El sincretismo religioso triunfó y, con él, de alguna manera, los conquistadores fueron conquistados” (p. 209); tal cual se da en el universo del carnaval mediante el conocido rito de la entronización-desentronización en donde aquellos que tienen el poder y conforman el centro, son desplazados por los que se han ubicado al margen, en la periferia⁶.

5 Pedro Carrasco (1975), en su trabajo *La transformación de la cultura indígena durante la colonia*, señala que “El sincretismo del culto a los dioses paganos con el de los santos también tuvo su parte de duplicidad consciente. Se dice que los indios enterraban a los ídolos tras los altares o bajo el basamento de las cruces para seguir adorándolos mientras los misioneros creían que rendían culto a la nueva religión. (p. 201)

6 Sobre esto, Elizabeth Sosa (2009) señala en su trabajo que “El sujeto periférico fue narrado y contado

De este modo, la cultura de la otredad en América logró amalgamar formas opuestas y consolidar una fórmula contradictoria y ambigua que proyectaría la nomenclatura del ser mestizo por naturaleza, pues como lo indica Carrasco (1975) el dualismo religioso y el sincretismo de elementos paganos y cristianos dentro de un mismo culto fundamentó la plataforma para una completa cristianización de los indios a través la declinación progresiva o la desaparición total del ritual pagano privado y la consolidación del mundo católico de los cultos sincréticos. A todo esto se sumaría más adelante la intensa fusión desbordada por los negros a su llegada al continente de las desavenencias⁷, término utilizado por Bajtín al teorizar sobre la carnavalización, pues como lo indica Fuentes (1998):

Los artesanos indígenas recibieron grabados de los santos y otros motivos religiosos de manos de los evangelizadores cristianos, quienes les pidieron reproducirlos dentro de las iglesias. Pero los antiguos albañiles y artesanos de los templos indígenas

por otro, visto a través del otro y representado a través de los rasgos interpretados por otro. De esta manera se constituye el espacio del "otro", la otredad, concepción que establece especificaciones puntuales sobre la cultura del otro como la cultura periférica, el sujeto social que hizo su espacio cultural en los bordes. (p. 360)

7 Esta categoría es la que mejor proyecta la ambivalencia que subyace bajo la praxis carnavalesca, ya que coexisten cantidad de aspectos disímiles y opuestos donde "Todo lo que la jerarquización cerraba, separaba, dispersaba, entra en contacto y forma alianzas carnavalescas" (Bajtín, 1971, p. 313). De esta manera, la asociación de elementos bajo el universo del carnaval consigue fusionar pensamientos, sistema de valores, fenómenos y objetos. Esta noción categórica de la desavenencia es la que mejor pudiese definir la compleja y contradictoria naturaleza del hombre americano, pues como lo indica Rodríguez Monegal (1997) "Si Cortés fue visto por los aztecas como un avatar de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, y los españoles insistieron en identificar en el Nuevo mundo el Jardín del Edén o el lugar exacto en el que las perdidas tribus de Israel se habían instalado, esas formas de carnavalización recíproca, motivadas por el conflicto de culturas heterogéneas, se convirtieron en la pauta básica de la cultura latinoamericana" (p. 311). En el libro que Bajtín (2005) escribió sobre la obra de Dostoievski, esta categoría aparece bajo la denominación de "Disparidades carnavalescas". Problemas en la poética de Dostoievski, página 180.

querían hacer algo más que copiar. Deseaban celebrar a sus dioses viejos al lado de los nuevos dioses, pero esta intención hubo de enmascararse mediante una mezcla del elogio de la naturaleza con el elogio del cielo, fundiéndolos de manera indistinguible. (pp. 208-209)

Es indiscutible la repercusión de la España multicultural a través del proceso de conquista y colonización desarrollada en el territorio americano. Esta condición de disputa y afinidad con el *otro* ser, diverso y extraño, que fue una constante para los ibéricos desde los procesos de irrupción en la península de diversos grupos humanos, encontró en la América virgen un lugar ideal, de allí la tan usada noción utópica para hablar del continente descubierto, inventado o fabulado. Toda esta nomenclatura solo fue necesaria para consolidar lo que posteriormente estudiarían escritores e investigadores como parte representativa de la multiculturalidad de América Latina y El Caribe.

El desafío del *Otro*...

Para reflexionar sobre su puesto en el cosmos, el hombre tiene primero que ser hombre y, hasta ahora, ha sido griego o bárbaro, judío o gentil, caribe o arahuaco, cristiano o pagano, bramán o paria, alemán o francés, yanqui o vietcongo. ¿Se estará en Latinoamérica el tipo humano capaz de hablar por todos los hombres, la avanzada de la humanidad futura?(p.129)

José Manuel Briceño Guerrero

Después de indagar en las implicaciones de la convivencia con el *Otro* en territorio ibérico y de actuar contra el *Otro* en América dando paso al nacimiento del mestizo, Fuentes nos encara: "La historia insiste en preguntarnos, ¿cómo podemos vivir con el otro?, ¿seremos capaces de comprender que yo soy lo que soy sólo porque otro ser humano me mira y me completa?" (p. 128). Los orígenes que Borges ubica en su texto *El poder de la historia* sobre el reconocimiento de las cualidades del contrincante que lleva finalmente a formar parte de lo que en algún momento y por diversas circunstancias e intereses se rechaza, permite ver cómo a partir del encuentro de voces diversas llegaría

a emerger el verdadero ser. En *El Espejo enterrado* se indica:

Somos indígenas, negros, europeos, pero sobre todo, mestizos. Somos griegos e iberos, romanos y judíos, árabes, cristianos y gitanos. Es decir: España y el Nuevo Mundo son centros donde múltiples culturas se encuentran, centros de incorporación y no de exclusión. Cuando excluimos nos traicionamos y empobrecemos. Cuando incluimos nos enriquecemos y nos encontramos a nosotros mismos. (Fuentes, 1998, p. 526)

Al parecer los europeos se descubrieron ellos mismos, inventaron e imaginaron a la tierra de los encantos y se toparon con su propia desdicha, una desilusión que ya venía desde antes y que halló en territorio americano la oportunidad de germinar e imponerse perpetuamente. ¿Entonces se está condenado eternamente al encuentro con el otro? ¿Sin la existencia y el espectáculo del otro los demás simplemente no pueden ser? Algo muy certero nos ha enseñado la historia, la de los vencedores y la de los vencidos, que la riqueza del individuo, aquella emergida de su naturaleza contradictoria, solo ha surgido a partir del encuentro, doloroso, nefasto, esperanzador, con el que es diferente, pero que al fin y al cabo demuestra que el complemento del *Otro* es posiblemente el término de la constitución del ser, pues el mundo es blanco y negro como el alma del ser humano, ¿o quizá gris? Por ello dice Carlos Fuentes (1998) que:

Nuestra modernidad más exigente nos pide que abracemos al otro a fin de ensanchar nuestra posibilidad humana. Las culturas perecen aisladamente, pero nacen o renacen en el contacto con otros hombres y mujeres, los hombres y mujeres de otra cultura, otro credo, otra raza. (...) Pero sólo nos hemos visto enteros en el espejo desenterrado de la identidad cuando aparecemos acompañados del otro. (pp. 529-530)

Es innegable que a partir del reconocimiento de la otredad, del enfrentamiento con lo ajeno, se haya podido ensanchar el horizonte del ser pues en algún rincón de ese individuo distinto y adversario

puede estar la clave para reconocerse uno mismo o para, simplemente, dar paso a la gestación de una nueva especie. Sin embargo, el encuentro con el *Otro* no siempre se ha visto positivamente, recordemos que desde la perspectiva de los centros hegemónicos, este ha sido percibido cuantiosas veces como una amenaza y como la inmersión de lo desconocido.

A pesar de esto, en el caso de la unión española y americana, la reunión con la otredad, siendo vista desde sus inicios como una pugna, ha dado tanto al europeo como al hombre vernáculo un conjunto de aristas que ha prolongado hasta el presente la incesante búsqueda por la identidad, la cultura, la filosofía latinoamericana y la conformación de un hombre que es reconocido en el mundo por su inigualable contradicción, aquel que lleva bajo su aparente fachada occidental el germen de esas “fuerzas oscuras” como las llamó Briceño Guerrero: huella reconocible de la identidad americana que ha permanecido desde los tiempos coloniales y que se intensifica mucho más en la contemporaneidad.

Referencias bibliográficas:

- Bajtín, M. (1971). *Carnaval y Literatura. Sobre la teoría de la novela y la cultura de la risa*. Revista de la Cultura de Occidente (ECO), 23(129), 311-338.
- Bajtín, M. (2005). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Briceño, J. (2007). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana
- Briceño, J. (2008). *América Latina en el mundo*. [Texto en línea]. Disponible en: <http://www.saber.ula.ve/./articulo8.pdf> [Consulta: 2017, febrero 05]
- Campra, R. (1987). *América Latina: la identidad y la máscara*. México: Siglo XXI editores.
- Carrasco, P. (1975). La transformación de la cultura indígena durante la

- colonia. [Texto en línea]. Disponible en: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/95Q172Q7LK16NRTI5MÁN7PL.pdf [Consulta: 2017, noviembre 10]
- Díaz, H. (2016). *El jardín de las identidades: la comunidad y el poder*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana
- Fuentes, C. (1998). *El espejo enterrado*. México D. F: Santillana Ediciones
- Mariátegui, J. (2007). *Literatura y Estética*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Palma, M. (1990). *Malinche, el Malinchismo o el lado femenino de la sociedad mestiza*. [Texto en línea]. Disponible en: <http://www.ub.edu/SIMS/pdf/GeneroClaseRaza/GeneroClaseRaza-04.pdf> [Consulta: 2017, julio 08]
- Paz, O. (1992). *El laberinto de la soledad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica
- Rodríguez, M. (1997). Carnaval/ Antropofagia/Parodia. En S. Saúl (Comp.), *Lectura crítica de la literatura americana. Actualidades fundacionales* (pp. 305-316). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sosa, E. (2009) *La otredad: Una visión del pensamiento latinoamericano contemporáneo*. Revista Letras, 80, 349-372.